

con esto, como decía Melancthon, que el futuro pontifex  
guo se hará en lugar de uno de ellos.  
En otro tiempo cada convento era una escuela, donde se  
enseñaba a los hijos de los nobles para instruirlos  
en la doctrina de estos padres santos según las lum-  
bras (1) de la fe.

**CAPITULO XXVIII.**

**USURPACIONES DEL PODER CIVIL.**

La infancia en Alemania bajo el régimen de los conventos.—Usurpaciones  
de los príncipes.—Lutero fomenta las pretensiones del poder se-  
gular.—Intolerancia y despotismo de los príncipes reformados.—Las libertades  
católicas se aniquilan.—Doctrina primitiva de Lutero sobre la separa-  
cion de los poderes.

Curioso es el estudio de las usurpaciones del poder re-  
formado y de sus atentados contra la libertad de concien-  
cia, las inmunidades episcopales, el derecho eclesiástico  
y las franquicias del país que Dios encomendara a su  
tutela.

El estudio de estas conmociones obedece a la tendencia de  
ellas mismas; es decir, los mismos hechos arrastran la razon  
al desengaño y a la verdad, desnuda de los atavios con que  
suelen presentarse los mas solemnes errores. Efectivamente:  
cuando el catolicismo reinaba en Alemania, aquellos ins-  
tintos estaban contenidos por una fuerza superior, que lue-  
go dejó de obrar en la esfera de la accion gubernamental:  
entonces habia un Pontificado, que reprimia con sus pater-  
nales avisos, con sus amenazas, si no con sus anatemas y  
con sus excomuniones. La Reforma, por el contrario, usa-  
ba de sus armas a placer del pueblo, que no comprendia



con esto, como decia Melanchthon, que «Lutero ponía un yugo de hierro en lugar de uno de palo.»

En otro tiempo cada convento era una escuela, donde la Religión llamaba á los hijos de los pobres para instruirlos en la enseñanza; de estos piadosos asilos salieron las lumbreras (1) de la Alemania en el siglo xvi, Lutero, Erasmo, Ecolampadio, Zwinglio, Eck, Faber, Bucero. El primer libro que cogia la infancia, y donde aprendia la lectura, era la Biblia, no un libro reservado, como Lutero decia; pero que si se vertía al lenguaje vulgar, iba siempre su lectura acompañada de una exégesis oral, digna y proporcionada al talento de los lectores. La luz de estos comentarios aun no se ha perdido; es la misma hoy que ayer, y pasa de un siglo á otro, conforme siempre á la primera tradicion del dogma católico; y en toda la esfera del catolicismo suena siempre igual; y el pensamiento siempre es uno, idéntico, por mas que sus signos materiales; sus fórmulas lingüísticas, varien con las generaciones y los siglos.

Mas llegó un dia en que, lanzados los Obispos de sus Sillas, arrancados los sacerdotes de sus altares y los monjes de sus clausuras, la niñez no encontró el pan de vida, la instruccion que se les usurpaba en nombre de la razon libre. Erasmo pinta bien este estado tan miserable, al representar la Reforma dando muerte á las letras humanas donde quiera que imprimía su huella; al mismo tiempo que Lutero, atento á otro espectáculo, lloraba el abandono de las cosas santas por la nobleza y los ricos, que no se cuidaban mas que de vivir cómodamente, sin inquietarse en lo mas mínimo por la gloria del Evangelio. «¡Cosa bien estraña, por cierto, en el apóstol sajón!» dice un historiador reformado, Munzer. Se quejaba, pues, Lutero de que no se pagasen los diezmos al clero, el mismo que no habia cesado

(1) Esta voz *lumbrera* es algo ironica: el pensamiento es un excelente argumento *ad hominem*. (N. del T.)

de repetir que la pobreza y la humildad son los atributos de todo cristiano que quiere imitar á Jesus y sus Apóstoles. No todos los príncipes podian impunemente, á la vista de Lutero, dejar se muriesen de hambre los mismos á quienes habian robado sus riquezas: algunos se ablandaron; pero sucedia que al darles con qué acudir á su manutencion, se creian autorizados para intervenir en todo, y que á ellos correspondia lo mismo la distribucion del pasto espiritual que la remocion y provision de obispados, curatos, abadías, la designacion del alimento que convenia á las almas, la forma del culto, el orden de las ceremonias, y hasta la policia interior de los templos. Tambien querian apartar de la enseñanza la intervencion del sacerdocio. Lutero fue quien evitó esta insolente pretension del poder civil con sus amargas reconveniones sobre el olvido del Evangelio. «No me estrañaré, decia, de que Dios abra un dia las puertas del infierno y que haga salir mil legiones de demonios, ó que llueva fuego del cielo sobre nosotros, y que seamos precipitados en los abismos del fuego, como Sodoma y Gomorra. Si Gomorra y Sodoma hubiesen recibido, como nosotros, la palabra divina, los dones que nos han sido acordados; si hubiesen tenido nuestras visiones y escuchado nuestra predicacion, estarían aun en pie, y no hubiesen sido sumergidas. Se las debe considerar menos culpables que la Alemania, porque no habian recibido la luz divina. Pero nosotros, que la hemos recibido y escuchado, nosotros no hacemos mas que alzarnos contra el Señor. Los espíritus rebeldes comprometen la palabra divina, y los nobles y los ricos trabajan por arrancarle su gloria: el pueblo sufrirá su merecido, sufrirá la cólera de Dios. ¡Y cierran las manos y se niegan á alimentar á sus Pastores y predicadores! Si la Alemania debe continuar así, yo me avergüenzo de ser uno de sus hijos y de hablar su idioma; y si



pudiese acallar la voz de mi conciencia, invocaria al Papa y su ayuda para que nos encadenase y torturase. En otro tiempo, cuando estábamos al servicio de Satanás, cuando profanábamos la sangre de Jesucristo, todos los bolsillos estaban abiertos, y habia oro para dotar iglesias, para fundar monasterios, para sostener la supersticion. ¡Después todo eso se olvidó; nadie cuida ya de que la infancia no vagüe y acuda á las escuelas, y hoy, que tanto conviene fundar gimnasios piadosos, dotar la Iglesia de Jesus, ¡dotarla! hoy nada se hace sino ayudar mezquinamente á su conservacion, confiados en que el Señor que la edificó es quien velará por su sostenimiento; hoy, que conocemos ya la santa palabra, y que hemos aprendido á venerar la sangre de nuestro Dios mártir, hoy están los bolsillos cerrados con cadenas de hierro, y no hay quien quiera ser generoso! ¡Hoy se ve que los niños, abandonados, no aprenden á servir á Dios, á venerar la sangre de Jesus; hoy sacrifican alegremente á Mammon! ¡La sangre de Jesus es menospreciada y hollada! ¡Y vedles, son cristianos! Haya mas escuelas, haya mas claustros: «La yerba está seca, y la flor por tierra.» (Isaias, 7.) Hoy que los hombres carnales están seguros de que no verán en adelante á sus hijos arrojados de los claustros, despojados de sus patrimonios, sin que haya uno que se dedique á cultivar la inteligencia de la niñez, se preguntan á si mismos: «¿Quién enseñará á nuestros hijos, si no pueden ser los curas ni los frailes?» Moisés elevará diez veces las manos al cielo, y orará, y no será escuchada su voz; y yo, si yo quiero apiadar al cielo para que mire con bondad á mi querida patria, Dios despreciará mis súplicas, y mi voz no llegará á su trono. Dios salvará á Loth y destruirá á Sodoma. «Después de la ruina del papismo, de sus excomuniones y de sus castigos espirituales, el pueblo ha caido en el desden mas completo de la palabra de Dios: el cuidado de las iglesias no le inquieta, y ha cesado de rogar y de hon-

rar á Dios. Al elector es á quien corresponde, como á jefe supremo, la defensa de la obra santa que todo el mundo abandona; la correccion de las ciudades y lugares que se olvidan de fundar escuelas y cátedras, de sostener á sus Pastores, y recordarles el deber en que están acerca de esto y proteger las construcciones civiles, puentes, caminos, monumentos. Si fuera posible, quisiera ver á los hombres que necesitan de esta escitacion, abandonados, sin Pastor, sin predicacion, viviendo como animales (1). Ya no hay temor ni amor de Dios: rompieron el yugo del Papa, y se diéron á vivir cada uno á su capricho. Mas á nosotros todos, y especialmente al principe, nos toca, como un imprescindible deber, instruir á la infancia en el amor de Dios, dándola maestros y pastores: si los viejos no quieren, ¡que se los lleve el diablo! Mas el poder no permitirá que la juventud se revuelque en el fango de la ignorancia.»

Lutero añadía que si los pueblos no eran bastante ricos para fundar escuelas, se echase mano de los bienes de los conventos, que en otro tiempo no habian tenido otro destino que hacer florecer el Evangelio y sostener la enseñanza de la juventud; que se alzaria un grito de reprobacion si se dejasen arruinar las escuelas y los presbiterios, y si la nobleza se apropiase para si sola los tesoros de los conventos. Quería que el elector nombrase una comision de cuatro personas que visitase el pais sometido á la Reforma, y que dos deberian ocuparse de la administracion de los bienes conventuales, de los diezmos y tributos, y las otras dos de la enseñanza y de la eleccion de los maestros.

Este proyecto quedó mucho tiempo sin aplicacion, porque el elector, á quien Lutero se había dirigido, no era aun (1) *Puerkos*, dice el original; pero el español tiene mas dignidad que el francés y el sajón. En España, aunque algun orador usase de esa voz, jamas se escribiría, y aun escrita no habria imprenta que la imprimiese. (N. del T.)



bastante poderoso para poder jugar así con las prerogativas del clero. Mas tarde, en 1527, cuando el príncipe no tenía nada que temer de Roma, y cuando podía irritar al Emperador, ocupado y distraído por otros negocios graves y de mayor importancia, quiso librarse de la dominación clerical; y no vió medio mas eficaz que la aplicación inmediata de las teorías reformatrices de Lutero respecto á la organización parroquial. Nombrada una comisión de eclesiásticos y de legos, al arbitrio del elector, para ocuparse de la visita de los bienes secularizados, se hizo una verdadera revolución. La Iglesia perdió su nombre, y quedó convertida en un templo pagano. La Iglesia viviente no fue una comunión: fue mas bien una agregación de seres que habían perdido su cabeza de hombres, y que á su placer ó su capricho usaban de su razón. El poder civil veló desde entonces sobre la liturgia y el culto, como pudiera hacerlo sobre las murallas de una plaza. El despotismo, deidad que se engrandece y adquiere mayores fuerzas con el movimiento y los trastornos, cada día se iba haciendo mas insufrible con la intolerancia y cavilaciones de los caprichosos juristas. Estos cortesanos con faldas, azotados cruelmente por Lutero, resucitaban en provecho de los príncipes todo el ergotismo y las sutilezas escolásticas de otro tiempo, invadiendo el terreno de la teología, so color de que era una ciencia de derecho: pretensión que Lutero refuló de la manera mas jocosa. Los legistas, como generalmente sucedia con todo lo en que ponían mano, pervirtieron el pensamiento primitivo de Lutero, y escitaron mas y mas las exigencias del poder civil, que no tardó mucho tiempo en pasar á degüello las ciudades libres católicas. El sajón hubo de llorar el abatimiento del ministro evangélico, que no podía moverse de su iglesia si no placía al magistrado, que él habia tomado por protector, y que habia concluido por ser su amo; ¡pero qué amo! Quiso protestar en nombre del Evangelio; mas segun el

historiador Menzel, que estudió la marcha progresiva de las usurpaciones políticas, la voz de Lutero no tenia ya prestigio, y sus palabras quedaron sin eco.

«En 1536, decia, nuestro Evangelio nos enseña la separación de los poderes, el civil y el religioso; no conviene de ningun modo que se mezclen y se combinen; la Iglesia y la república son dos administraciones distintas, y el cura y el magistrado ejercen dos potestades independientes, que no deben confundirse jamás, como lo recomienda San Pablo cuando dice que no debemos estar *alotrio episcopi*; es decir, curadores ó que vigilan á otro. Jesucristo fue el primero que estableció esta division, y la esperiencia nos enseña que no es posible la paz en un Estado cuando el sacerdocio es invadido por la magistratura, ó cuando esta se encomienda á manos del eclesiástico.»

No era esto lo que él mismo habia dicho en otro tiempo, y debia sufrir las consecuencias de sus erróneas doctrinas.

El corazon de Lutero algunas veces se oprimia, y se veían húmedos sus ojos; mas al fin un día, todo colérico, lanza los últimos rugidos de su desesperación:

«Reyes, príncipes, señores, grandes de la tierra, abandonais, dijo, nuestra pobre Alemania. Mas ¿para qué necesitamos su proteccion? Para que desamparen nuestros sacerdotes y nuestros predicadores; para que nos menosprecien y nos pisen como si fuéramos hijos de Satan.»